**Ecos de la Palabra**

**Domingo V de Pascua**

**«Permaneced en mí»**

**Juan 15,1-8**

Permanecer, es estar en un lugar o circunstancia de manera ininterrumpida. Este permanecer al que nos hace referencia el evangelista san Juan es la de estar adheridos a Jesús. Vivir en comunión, en sintonía con sus sentimientos y actitudes, con sus palabras y gestos, y este permanecer nos da la certeza, la garantía de ser herederos de los bienes de Jesús. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis." Jn 15, 7

El Espíritu nos enseña a orar. Pone en nuestras manos y bocas la Palabra de Dios. Dios es Amor, y el amor es comunicación, diálogo, palabra cercana y entrañable que nos ha dicho en Jesús.

Inicia este espacio de encuentro con Jesús la Vid verdadera, invocando la presencia del Espíritu Santo para que disponga todo tu ser a la escucha de la Palabra y para dejar que se te regale el fruto del Amor entrañable que nos hace a todos uno con el Señor.

*Silencio*

Ven, Espíritu Santo, y convierte mis oídos, mi corazón, y toda mi persona en tierra buena capaz de acoger la Palabra, como una semilla, y hacerla germinar.

Ven, Espíritu de la Vida, desciende y derrámate sobre mí, como una llovizna suave se derrama, penetra, refresca y fecunda un campo destinado a dar fruto.

Ven, y ayuda el leve pero continuo crecimiento de mi ser, hacia la criatura nueva, hecha a imagen de Jesucristo, mi Maestro y mi Señor.

Amén.

Me acerco a la Palabra y leo despacio el Evangelio, haciendo silencio si algo hace eco dentro de mí, lo acojo de manera sosegada, abierta al querer de Dios.

**Para la reflexión del texto escucha estas palabras del Papa Francisco:**

La Palabra de Dios continúa indicándonos el camino y las condiciones para ser comunidad del Señor Resucitado. Hoy el Evangelio nos propone el momento en el que Jesús se presenta como la vid verdadera y nos invita a permanecer unidos a Él para llevar mucho fruto. La vid es una planta que forma un todo con el sarmiento; y los sarmientos son fecundos únicamente cuando están unidos a la vid. Esta relación es el secreto de la vida cristiana, el evangelista Juan la expresa con el verbo «permanecer», que en el pasaje de hoy se repite siete veces. «Permaneced en mí» dice el Señor; permanecer en el Señor.

Se trata de permanecer en el Señor para encontrar el valor de salir de nosotros mismos, de nuestras comodidades, para adentrarnos en el mar abierto de las necesidades de los demás. Este coraje de salir de sí mismos y de adentrarse en las necesidades de los demás, nace de la fe en el Señor Resucitado y de la certeza de que su Espíritu acompaña nuestra historia, la tuya, la mía, la de todos.

Uno de los frutos más maduros que brota de la comunión con Cristo es, de hecho, el compromiso de caridad hacia el prójimo, amando a los hermanos con abnegación de sí, hasta las últimas consecuencias, como Jesús nos amó. El dinamismo de la caridad nace del encuentro con Jesús y del permanecer en Jesús. Él es para nosotros la vida de la que absorbemos la savia, es decir, la «vida» para llevar a la sociedad una forma diferente de vivir y de brindarse, lo que pone en el primer lugar a los últimos.

Todos nosotros estamos llamados a ser santos; debemos ser santos con esta riqueza que recibimos del Señor resucitado. Cada actividad —el trabajo, el descanso, la vida familiar y social, el ejercicio de las responsabilidades políticas, culturales y económicas— cada actividad, pequeña o grande, si se vive en unión con Jesús y con actitud de amor y de servicio, es una ocasión para vivir en plenitud el Bautismo y la santidad evangélica.

• ¿A qué me compromete el texto?

Lo que mantiene viva una planta, capaz de dar frutos, es la savia que la atraviesa. A la luz del Evangelio, pregúntate, ¿cuál es la savia que está presente en mí y en mi comunidad y la mantiene viva, capaz de dar frutos?

El Señor también habla de la poda, “si una rama no produce fruto, él la corta y limpia toda rama que produce fruto para que dé más…”. Vive la experiencia de la poda que el Señor hace en tu vida. Date cuenta de qué debes cambiar y déjate podar por Él.

Intensifica tus momentos de oración para permanecer unida a la Vid y dar fruto. Deja fluir la “savia” de la oración para estar más unida a la “vid” Jesús.

Dedica algún tiempo con el Señor a ver que “podas” son urgentes para dar más fruto y pídele te ayude a aceptarlas e integrarlas en tu vida.

**Termina con esta oración:**

Quiero ser verdadero sarmiento, sarmiento que permanece pegado a la parra que lo sostiene, y que, por ella, recibe el alimento para mantenerse vivo y fecundo.

Quiero ser sarmiento que se limpia de todo aquello que le amenaza arrancarlo de la vid, de la vid que le da la savia verdadera para fertilizarse y dar hermosos frutos.

Quiero ser sarmiento que recibe la poda necesaria para quedar siempre bien injertado en la vid, sin peligro de ser arrancado por los temporales, la sequía o las malas hierbas que lo destruyen y alejan de su tronco verdadero.

Quiero ser injerto tuyo, Dios mío, para que nunca tu Gracia quede cortada en el camino a mi corazón, y siempre esté regado por tu bendición y tu compasión.

Quiero ser sarmiento que vive de su Viña y que da los frutos que la Viña espera. Buenos frutos que sacian el hambre y la sed de los que se acercan a ella. Amén.

**Para tu itinerario personal:**

Escribe dos o tres sentimientos que haya provocado en ti el dueño de la Vid-Jesús, y finalmente recréate con esta canción: Yo soy la vid verdadera. (CD Descálzate)

**M.S.M.C**

